

llos, armas, alimentos, todo lo que le había sido pedido por el «Tigre» ó por los suyos, había sido incondicionalmente entregado por el buen Mateo, conductá que había valido al despojado comerciante «la amistad» del terrible jefe rebelde.

Y entre tanto la guerra continuaba, terrible y desastrosa, aunque dicho sea en honor de la verdad, sin causar grandes estragos á Mateo, porque si bien es cierto que éste perdía mucho con préstamos y robos, en cambio ganaba con las ventas extraordinarias que le proporcionaban los constantes movimientos de fuerzas leales y rebeldes.

VI

Pero una tarde, tarde del mes de Mayo y por lo mismo calurosa hasta lo infernal en el pueblecillo donde residía Mateo, poco más ó menos, á las tres de la tarde, un grupo como de doce guerrilleros á caballo se detuvo á la puerta del establecimiento del súbdito español. Mateo, que ya estaba familiarizado con tan terribles visitas, recibió á los rebeldes con la sonrisa en los labios, y sólo sintió, en lo más recóndito de su alma, un dejo de amargura al reconocer al jefe de la banda: éste era el terrible «Tigre del Sur».

Quizá por esta misma causa Mateo se preparó inmediatamente á dar gusto en todo á sus pavorosos clientes. Invitole á pasar y, cuando estuvieron dentro de la tienda, habló con voz alegre al cabecilla, y después de inquirir lo que deseaban, procuró multiplicarse para destapar en un santiamén las botellas de cerveza que le fueron pedidas. Una tanda, y otra y otra, fueron ingeridas por los guerrilleros, y cuando el cabecilla se sintió quizá satisfecho, sacó del bolsillo del pantalón un grueso fajo de billetes de banco y preguntó altaneramente al comerciante:

—¿Cuánto se debe?....

—Nada, mi general—contestó Mateo acompañando la frase de una dulce sonrisa.... ¡Bien sabía el pobre que no era costumbre del «Tigre» ni de los suyos pagar el gasto que hacían!....

—¡Eso, no!... cobre usted le que sea,—re-

plicó el guerrillero,—y diciendo esto arrojó con desplante señorial un billete de cincuenta pesos sobre el mostrador.

Como Mateo sabía perfectamente que no debía contrariarse en nada al pavoroso «Tigre», cobró prudentemente el gasto, aunque haciéndose el pobre mil conjeturas sobre aquella conducta tan extraña.

Después, uno de los oficiales del Estado Mayor del cabecilla, pidió que fueran servidas más cervezas; al escuchar aquello el «Tigre» se volvió hacia su subordinado y le dijo con acento que no admitía réplica alguna:

—¡Pago al contado! ¡En esta tienda no se queda á deber nada...!

—¡Muy bien, mi general!—contestó el aludido entre impertinentes carcajadas.

A punto estuvo el buen Mateo de presentar sus agradecimientos al cabecilla con las hiperbólicas frases de un andaluz de pura sangre; pero el temor le hizo enmudecer y se concretó á sonreír y á inclinar la cabeza en actitud de quien da las gracias. ¡Era tan terrible el «Tigre»!...

Y se sirvieron las otras cervezas, y después otras, y enseguida otras más, y cuantas fueron consumidas, pagadas fueron por el que las pidió, bien en arrugados billetes de banco, bien en sonoros y contantes pesos.

Mateo estaba alegre para los demás; pero en su interior sentía un hondo desasosiego que le hacía sufrir á pesar de las ganancias que le proporcionarían los terribles parroquianos.—¿Por qué—pensaba bastante inquieto,—por qué es esta rarísima novedad de que tales hombres paguen lo que consumen? ¿Qué significa la orden dada por el cabecilla delante de mí? ¿Envolverá esto algún serio peligro?... ¡Quién sabe!...—reflexionaba acongojado.—¡Quiera Dios que semejan-te cosa no me vaya á costar un cuantioso préstamo ó una concesión imposible!...

Y seguía sirviendo con actividad á sus extraños parroquianos, y sonriendo siempre, aunque la amargura rebosara en su corazón.

Por fin el «Tigre», dirigiéndose á sus subordinados, les ordenó secamente:

—Salgan y espérenme en la puerta... ¡Lo dicho!...

Una sonrisa de mal agüero se dibujó en